

EL BUCEADOR FAMOSO

CAPITULO I: TIBURÓN

Érase una vez un buceador que decidió hacer una expedición en solitario allá por los Mares del Sur.

Tenía un yate enorme, de alta tecnología, con fibra de vidrio en el casco, ordenador de a bordo y muchos aparatitos electrónicos, que hubieran hecho las delicias de un informático.

Lo preparó todo con mucho mimo y riguroso cuidado, desde las reservas de agua y comida hasta los enseres más útiles para la expedición. La ruta la trazó con meses de antelación, poniendo mucho cuidado en todos los detalles, como el tiempo, las lluvias y como estaba el mar

Dos días antes, ocurrió algo imprevisto: tenía una parte del casco con cuatro o cinco agujeros. Cuando lo vio todavía no acababa de creérselo. Inmediatamente avisó a los técnicos, que vinieron urgentemente y que le arreglaron el barco en un día. ¡Vaya comienzo!

Cuando estaba en alta mar, un movimiento brusco en la popa del barco le alertó. Se puso el traje de buzo, las gafas, el reloj, las aletas, las dos bombonas y la máscara de oxígeno, y de un saltito de rana se zambulló en el mar.

Llevaba un rato nadando y viendo las maravillas del mundo submarino: los corales, las estrellas de mar, los arrecifes, etc., cuando vio una figura extraña.

Cuando se iba a acercarse a ella, un enorme tiburón tigre le atacó. Se quedó sorprendido y aterrado. Al principio no supo qué hacer, tal era su miedo, pero luego decidió defenderse.

Cogió el puñal que llevaba en el cinturón y cuando el tiburón, que mientras tanto estaba dando vueltas a su alrededor, decidió lanzarse a por él, se lo clavó en el ojo.

El tiburón se quedó tan dolorido que se echó para atrás...

Entonces el buceador nadó como un loco hacia el yate y logró ponerse a salvo, pero sin olvidar dos cosas:

- la sombra misteriosa que había visto,
- y aquel tiburón,

por lo que decidió que la próxima vez que se sumergiera, se llevaría el fusil submarino.

CAPITULO II: EL GALEÓN DESCONOCIDO.

La noche la pasó intrigado por la sombra misteriosa. No acertaba a saber lo que podía ser. Su imaginación se disparó: Pensó que podría ser un barco hundido. ¡El Titanic! Sería un gran descubrimiento.

Soñó con los tesoros que podría tener dentro: oro, collares de diamantes, perlas ¿quién sabe?, y con ser el primer ser humano que viera, después de tanto tiempo, lo que escondía. También pensó si podría encontrar esqueletos de las personas que viajaban a bordo, cosa que no le hizo ninguna gracia. Otro rato lo pasó imaginando por qué habría naufragado el misterioso barco, si lo habrían hundido los piratas intencionadamente o fue un fallo mecánico. Como no llegó a ninguna conclusión, decidió acostarse y descansar. El día amaneció espléndido y soleado, con una brisa suave y una temperatura ideal, que invitaba a pasarse el día bajo el agua, por lo que no se lo pensó dos veces, y después de un buen desayuno, preparó el equipo y no olvidó el fusil submarino, por si acaso.

Aparte del fusil submarino, llevaba una linterna acuática, un puñal de acero y unas boyas señalizadoras por si hacia algún descubrimiento importante, para saber donde estaba situado.

Por fin se zambulló en el agua. Estaba estupenda. Cuando se sumergió, un montón de pececillos de todos los colores del arco iris vinieron a verle. Era un espectáculo maravilloso, y, además ino había ni rastro del tiburón!

Empezó a buscar la famosa sombra y al principio no vio nada y entre que busca y rebusca, por fin lo encontró ¡Era un barco hundido!

Era enorme, parecía un galeón pirata, con las velas destrozadas a medio subir, los cañones apuntando hacia el noroeste y los agujeros de los camarotes mirándole como si fueran ojos de otro tiempo.

Lo primero que hizo fue señalar su descubrimiento con las boyas. Después subió al yate para coger todos los enseres necesarios para dejar limpio aquel galeón pirata.

Cuando volvió a sumergirse, empezó con la tarea. Tuvo que quitar con el cuchillo todos los mejillones y las conchitas que se habían adosado a todo el casco porque cortaban como cuchillas. Luego fue quitando el barro que había en la cubierta, para poder limpiar los cañones y encontrar una puerta que le llevara al interior, para poder ver lo que había dentro.

La labor fue muy pesada y larga, por lo que se le hizo de noche sin darse cuenta, y como el oxígeno se le estaba acabando, decidió subir a descansar.

Esa noche durmió tranquilamente y sin sobresaltos, con los sueños llenos de tesoros y esqueletos.

CAPITULO III: LA CAZA DEL TIBURON.

Cuando más profundamente dormía y más soñaba con los tesoros del galeón, una sacudida fortísima en el yate le despertó. No entendía que estando la mar tranquila como estaba el yate hubiera sufrido semejante golpe.

Se acercó a toda prisa al puesto de mando y echó un vistazo al radar y al sonar, sólo detectaba una sombra indefinible y él no atinaba a saber de qué se trataba. Salió de la cabina y no vio nada,

por lo que decidió dar todos los reflectores del yate y cogiendo los prismáticos vio a lo lejos la aleta del tiburón dirigiéndose a toda velocidad en dirección al yate.

Parecía un tren de mercancías y era casi tan alto como un camión. El buceador se quedó aterrorizado por la visión, era horrorosa, pero pensó que tenía que hacer algo, porque el bicho era muy capaz de acabar allí mismo con él. Parecía que estaba enfadado por lo del ojo icómo si fuera para tanto!

Se acordó de que tenía un pequeño cañón arponero en la proa del barco, y decidió utilizarlo, apuntando hacia la mole del bicho, pero este parecía que se lo hubiera olido, porque se sumergió por debajo del casco y lo movió con su gran aleta dorsal.

El barco parecía un yo-yo y era muy difícil apuntar en esas condiciones, por lo que decidió esperar a que se cansara el tiburón y empezara a estarse quieto.

Por fin el bicho se cansó del juegucito y se dignó aparecer, pero no estaba muy tranquilo. El mar estaba revuelto y no había forma de apuntar, pero al final pudo hacerlo y en el momento justo, disparó.

Era como si hubiera disparado a un muro. El arpón rebotó en el cuerpo del tiburón y se cayó al mar, pero pudo recuperarlo y apuntar otra vez. Esta vez fue la definitiva, le dio al tiburón en el otro ojo y el bicho empezó a hundirse por fin.

Cuando notó que la cuerda del arpón estaba quieta y floja, empezó a tirar de ella y subió al tiburón a bordo. Medía once metros y la boca era una caverna de cuchillos afiladísimos.

Por fin pudo dormir tranquilo.

CAPITULO IV: EL TESORO.

Después de la tremenda lucha mantenida con el tiburón estaba agotado, sacó comida de la nevera y un refresco muy frío. Estaba tan cansado que le resultaba imposible comer nada, empezó a tomarse el refresco con ansiedad pues tenía la boca seca. Mientras se la bebía, empezó a pensar en el día siguiente, en como se introduciría en el galeón y en donde podrían haber escondido los piratas los tesoros. Tan cansado estaba y tan metido en estos pensamientos que nada más terminarse el refresco cayó sumido en un profundo sueño.

El día siguiente amaneció espléndido con un sol radiante y un mar tranquilo. Una vez que había desayunado empezó a preparar todo lo que iba a necesitar para introducirse en el galeón. Una vez que terminó los preparativos se zambulló y empezó a descender en dirección al barco, el cual vio al poco tiempo. Como llevaba mucho tiempo sumergido era casi imposible acceder al interior, pero lo consiguió por una tronera.

El interior era impresionante, todo estaba revuelto y no había forma de encontrar nada. No se veía tampoco, a pesar de la linterna, y no sabía por donde empezar.

Por fin llegó a las bodegas. Por el camino no encontró nada importante, pero en las bodegas la cosa cambió. Había miles de cofres, unos abiertos y otros cerrados. En los abiertos se veían gran cantidad de joyas, monedas de oro, perlas, diamantes, esmeraldas. Era como un sueño impresionante de riquezas. Pero lo más impresionante de todo era que, guardando todas estas riquezas, había tres esqueletos! con los machetes y los parches en los ojos.

Cuando pudo recuperarse de la impresión, decidió dar cuenta a las autoridades de lo que había encontrado, para que pudieran recuperar las cosas.

Subió al yate y puso proa a su país. Cuando llegó la gente no le creía, pero las fotografías y la cinta de video que llevaba les convencieron y las autoridades decidieron ir a buscar las boyas señalizadoras.

Fue un gran hallazgo para el mundo y él fue famoso (y rico) para siempre.

IGNACIO MORALES

